

Definiciones

REZAR

Entrar en nosotros mismos,
dar alas al corazón,
hacer del cuerpo vasija
insondable del Amor
para salir de nosotros
encaminados a Dios.

Encontrar en la existencia
la fuente de salvación,
trocando, con mansedumbre,
en esperanza el dolor.

Penetrar en lo infinito
nuestra imperfecta razón...

.....

Rez ar es, sencillamente,
sin pausa y sin confusión,
hacer de toda la vida
un diálogo con Dios.

Fernando BRAVO Y BRAVO

El niño prisionero

(Cuento)

Por Arsenio MUÑOZ DE LA PEÑA



DICE la gente que no me quieres...

—La gente miente mucho —saltó el chiquillo—, con aquella ingenuidad que era su mayor encanto.

Madre e hijo se abrazaron y el chaval de diez años salió al balconcillo cubierto por un amplio saledizo tejado, bajo el cual, lloviese o hiciese sol, se pasaba horas y horas jugando con las hormigas, sus grandes amigas, sus constantes compañeras. Las veía ir y venir, decirse unas a otras recados al oído y seguir su camino. Cogía una mosca muerta y la ponía a su paso y la primera hormiga que descubría el tesoro iba a comunicar la feliz noticia a sus hermanas y todas venían presurosas hasta allí y unas de las patas y otras de la cabeza, arrastraban el cadáver comestible hasta la boca de su vivienda misteriosa en la que el chiquillo de buena gana hubiese entrado.

Las hormigas eran las grandes compañeras de Alfredo. Sus padres no le dejaban salir a la calle con ellos. Como hijo único que era estaba demasiado privado de la natural libertad que otros chiquillos tenían. La azotea cubierta y el huertecillo cercano, al cual se bajaba desde ella por unas escaleras, eran su mundo, su total mundo.

Siempre estaba solitario en la cubierta azotea o en el huerto jugoso. Ahora ya entabló su diálogo acostumbrado con las hormigas:

—¿Y podéis salir del hormiguero y marchar donde queráis?

—No, tenemos antes que pedirle permiso a nuestra reina y además no podemos alejarnos demasiado. Hay muchos peligros por ahí...

—Igual me dicen mis padres a mi.

Después bajaba al huerto y hablaba con las abejas que pasaban y repasaban sobre el arroyo, tamborileando con sus patas el tambor parchero del agua.

—¿Es verdad que sois aviones vestidos de abejas?

—Puede que sí... Todos somos algo que no acabamos de saber bien.

Luego llegó el tío Leandro, el huertano, y le dijo:

—Siempre ahí...

Alfredo se fue a su choza, que era su delicia. La había construido él. La choza era él, pero prolongado, habitable. Ella le protegía y le acogía. La choza era como su personal confinamiento en aquel personal finamiento en que vivía. Era lo que él había creado con lo que los demás le habían negado. Eran los cuatro palos que él ponía en pie de las enormes vigas que le tenían aherrojado. Era lo amado, extraído de lo dolido. Era lo que se levanta sobre lo que a uno le hunde.

Las maderas del techo de la choza las había sacado de la caseta de las gallinas. El suelo lo había fabricado con barro fino, lustroso, en el que podía mirarse su cara de prisionero.

Le llamó su madre:

—¡Niño, vamos a merendar!

—¡Es que estoy en la choza!

—¿Pero sigues metido en la choza? Sal afuera, que te dé bien el aire, que brinques y corras con libertad.

En la choza, bajo una gruesa cama de helechos secos, tenía su gran tesoro.

—Menos mal que te has quitado ya del vicio de la lectura —le decía su madre.

Y allí, en la choza, bajo la cama de helechos tenía Alfredo el escondrijo de sus libros, que le hacía galopar, sin moverse, con Arizona Jim y el chino Pete y el forzudo Porthos, por toda la pradera del Oeste americano.

Luego se fue junto al tilo, apacible y sedante, bigotudo de blancas flores, con unas redondas bolitas que eran las cuentas del rosario de su soledad.

—¿Para qué has colgado ese columpio en mis ramas?

—Para volar por todo el cielo.

—Procura ser tranquilo. ¿No ves cómo yo lo soy?

—Pero te gusta que yo no lo sea...

—¡Ah, cómo me lo has adivinado, picarón!

Se volvió al oír la voz de la madre:

—¿Quieres ya subir, Alfredo?

—Es que voy a llenar de agua la pila de las gallinas.

Pero lo que a él le gustaba hacer a esa hora era subirse a la pared de la derecha de su balconcillo y ver el patio inmediato en el que siempre estaba Teresina, que le cantaba:

Alfredo, mi querido Alfredo,
vamos a la tumba,
a morir los dos.



Teresina, cuando él no aparecía sobre la pared, tras la canción, tiraba sobre el balconcillo una muñeca o una zapatilla y él se veía obligado a subirse a ella para devolvérsela.

—¿Quieres venir a mi patio?

—Es que no me deja mi madre.

—Pues salta la pared.

—Me parece que un día la voy a saltar...

Otra vez se oyó la voz de la madre:

—Pero Alfredo, ¿vienes o no vienes?

—¿Adonde?

—De paseo. Vamos a merendar al campo.

Y el chiquillo tenía que ir al campo de la mano de su padre.

—No me aprietes tanto la mano papá, que me haces daño.

—Así no te sueltas. Que hay muchos peligros por ahí...

Pasaron la plaza con caño de cabeza de cebolla, la calle con jardines variopintos, se adentraron en el bosque repleto de robles y llegaron a la plazoleta de Nápoles, en cuyo redor se extendía un inmenso campo de higueras.

Los padres se sentaron sobre los bancos de madera que había en la plazoleta, y el niño, al notar su muñeca sin la argolla de hierro de la mano de su progenitor, salió corriendo cuesta abajo y, en un santiamén, se subió a lo más alto de una higuera.

El padre se alarmó y salió corriendo tras él. La madre sufrió un pequeño desvanecimiento, se recuperó y siguió a su marido, gritando:

—¡Por Dios, Alfredito, baja del árbol!

El chiquillo estaba sobre la rama más alta, como un rey en su trono.

—¡Que las higueras tienen las ramas muy quebradizas. Baja, hijo!

—¡Que te vas a matar!

El chiquillo, gozaba, entre las ramas, del aire libre y de las nubes viajeras.

—¡Baja, hijo, por lo que más quieras!

—¡Que se parte esa rama en la que estás apoyado!

El chiquillo oyó cómo rechinaba la rama aquella y cómo cedía, pero apoyó los pies sobre otra cercana, pero más delgada.

—¡Que te digo que te bajes inmediatamente! —ordenó el padre.

—¿Pero, estás loco, Alfredito...?

De nada valían las imperiosas palabras del padre, ni las suplicantes de la madre.

—¡Este chiquillo se nos va a matar! ¡Haz algo, Antonio!

—¡Baja ahora mismo, te digo! ¿No me oyes?

El chiquillo no oía más que el suave aletear de los pájaros.

—¡Este chico se nos mata! ¡Mira dónde está ahora, Antonio, por Dios!

—¡Que bajes ahora mismo te ordeno!

Por fin habló el chiquillo:

—¡Yo no bajo!

La madre miró al niño fijamente, intuyó algo y le habló:

—Baja, hijo, y te prometo una cosa.

—¿Cuál?

—Que te dejaremos salir todos los días a la calle con tus amigos.

¿Bajas?

—Si es así, bueno, ahora bajo.

Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres, ha aparecido la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanticismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO II

Anotada e ilustrada

Pedidos a: Servicios Culturales o a la Revista «ALCÁNTARA» -- Cáceres